

TOMAS D. CASARES: LA VIDA DEL INTELLECTUAL CATOLICO

I

TRAYECTORIA INTELECTUAL DE TOMAS CASARES

1. — Unidad de vida intelectual y de vida cristiana

Pocas veces en la historia de nuestro País, se han conjugado tan fuerte y armoniosamente, inteligencia y vida y formación intelectual y conducta cristiana, como en Casares.

Fue maestro insigne en la doctrina del derecho y en la filosofía, y a la vez maestro insigne en su ejemplar vida cristiana.

Esta conjunción de la vida intelectual y de la vida cristiana abarca su larga existencia, sin claudicaciones ni desmayos, sin discontinuidad alguna.

Casares fue siempre así, desde su juventud, como estudiante, y luego en su edad madura y en sus últimos años. Y no digo vejez, porque Casares conservó la frescura de su juventud espiritual durante toda su larga trayectoria sobre la tierra, juventud que se trasuntaba en todas sus actitudes abiertas y sinceras, rebosantes de alegría y amor.

2. — La reconquista del pensamiento y de los valores cristianos

A. — Desde la cátedra

Casares inicia sus estudios universitarios en una época en que aún predominaba el pensamiento liberal y positivista. Profesores eminentes, católicos muchos de ellos en su fe y en su conducta personal, no lo eran en su pensa-

miento y en sus enseñanzas, inficcionadas muchas veces de un agnosticismo liberal.

En ese momento, aquella inteligencia realmente extraordinaria de Casares, sostenida por una voluntad y vida decididamente cristianas, se propone realizar lo que será el ideal de toda su existencia: reconquistar la verdad integral, natural y sobrenatural, y para ello restablecer y fundamentar el valor objetivo y trascendente de la inteligencia. Emprende esta árdua empresa del espíritu desde sus años de estudiante, y la continúa con ejemplar dedicación e inteligencia durante toda su vida desde la cátedra y desde la administración de la justicia, y sobre todo desde la institución que, junto con otros jóvenes católicos con sus mismas inquietudes, él más que nadie ayudó a crear y organizar con extraordinario vigor y clarividencia de sus objetivos, me refiero a los Cursos de Cultura Católica.

Desde su cátedra de Historia de Filosofía Medieval en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata y de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y la de Filosofía del Derecho de la Facultad de Derecho de esta última, Casares encamina con un nuevo rumbo el pensamiento argentino: introduce el pensamiento cristiano y tomista en la Universidad argentina. Y lo hace con expresión profunda y brillante, fruto de su decidida convicción. Hizo conocer y respetar la concepción cristiana y el pensamiento de Santo Tomás en la filosofía y el derecho e hizo conocer también los principales representantes de esa corriente. Sus alumnos salían convencidos de una verdad, que les llegaba con amor en el vibrante verbo del maestro.

Precisamente porque la verdad enseñada estaba informada y brotaba de él con amor y con la pasión con que él la vivía, Casares fue siempre respetado y querido por sus alumnos y colegas, aun por aquéllos que no compartían sus convicciones intelectuales o cristianas.

Aquella pureza de vida y de intenciones, aquella alma transparente, llena de comprensión y bondad cristiana, llegaba y contagiaba a todos. Pocos hombres en la Universidad fueron como él tan admirados en su saber y a la vez tan queridos por sus condiciones humanas. Junto a él, a su generosa donación de sí, se experimentaba la alegría de ser amado.

B. — Los Cursos de Cultura Católica

Desde muy joven, Casares comprendió que su apostolado intelectual personal estaba limitado a los alumnos de su cátedra universitaria y a los lectores de sus libros y escritos; entendió que era menester crear una institución, que otorgara una formación cultural superior cristiana a los muchos jóvenes uni-

versitarios católicos que acudían a una Universidad agnóstica y laicista, y que les ofreciera un verdadero ambiente espiritual donde rehacer y complementar con amor su deficiente formación intelectual, con los aportes de la filosofía y de la teología cristianas, los cuales a su vez irradiaran sobre su conducta.

Tal fue el origen humilde en el nombre, pero realmente vigoroso de esta obra magnífica de los Cursos de Cultura Católica, fundados por un grupo de jóvenes universitarios, graduados y estudiantes, deseosos de adquirir una verdad integrada en la Verdad revelada de la fe y de la teología, para que les ayudase desde ella a organizar cristianamente toda la vida de la inteligencia y, bajo ella, todas las actividades de su vida.

De ese grupo sin duda quien descolló y supo imprimir a la Institución su vigorosa impronta y un intelectualismo y vida cristianos, fue Tomás D. Casares; quien, poco después de su fundación, ocupó su Presidencia durante muchos años. Bajo su conducción los Cursos de Cultura Católica alcanzaron un amplio desarrollo, y a la vez una gran madurez y una extraordinaria influencia. A los Cursos de Teología, Moral, Liturgia, Historia de la Iglesia y otros similares, bajo la dirección clarividente y decidida de Casares, se añadieron bien pronto, la Escuela de Filosofía, Convivio para los artistas, se creó la Revista Ortodoxia, que suplió a la primitiva publicación informativa, y se organizaron cursos extraordinarios con los mejores tomistas de Europa, entre otros con el P. S. Gilet, el R. P. Garrigou-Lagrange y J. Maritain, cuyas conferencias y permanencia en los Cursos durante casi dos meses difundieron el pensamiento de Santo Tomás en todo el ámbito de Buenos Aires y Argentina.

Los Cursos de Cultura Católica llegaron a ser una presencia viva del pensamiento católico, del tomismo, de la renovación litúrgica y de una fidelidad entrañable a la Iglesia, con un vigor y brillo extraordinario y a la vez con una conciencia realmente cristiana.

Los Cursos no fueron solamente lecciones y trabajos académicos, se constituyeron sobre todo en un ambiente del más alto nivel y autenticidad de la inteligencia y de la vida católicas, donde maestros y alumnos convivían una verdadera atmósfera y comunidad universitaria, que se nutría de un ardiente amor a la verdad y a la Iglesia.

En aquellos encuentros informales y largas conversaciones de intelectuales y artistas, de maestros y de estudiantes anhelantes de formación, se vivía con intensidad el amor a la verdad en todo su ámbito y se sentía la alegría de la fe y de la vida cristiana, el santo orgullo de ser intelectual católico y el anhelo ferviente de servir a la Iglesia desde la inteligencia y la verdad.

Con ese nombre tan modesto los Cursos de Cultura Católica llegaron a poseer un vigor intelectual extraordinario, que transformó la vida de quienes

participaban o se acercaban a ellos. Bien pronto la fama de los Cursos irradian sobre Buenos Aires y todo el País y aún más allá de sus fronteras.

Ninguno mejor que el propio Casares ha expuesto el ideal de estos Cursos de Cultura Católica, en los discursos que cada año pronunciaba al comienzo de sus tareas, y que el incansable Osvaldo Horacio Dondo —el Secretario de la Institución y brazo derecho del Director— logró reunir en ese hermoso volumen de Casares: "Situación de la Inteligencia en el Catolicismo". Con la hondura y claridad y con el élan tan suyo, Casares desarrolla su idea directriz de cómo toda verdad especializada ha de integrarse en la Verdad superior de la Filosofía y de la Teología cristianas: "La Integración del Saber", a cuya realización habría de dedicar en la Universidad Católica Argentina sus últimos esfuerzos hasta su muerte.

"Por los frutos se conoce el árbol". De los Cursos de Cultura Católica han salido los intelectuales católicos mejor dotados, de las más diversas áreas, pero sobre todo con la impronta de la formación intelectual superior cristiana, que integraba todo su saber. De ese grupo ha salido el más sólido y brillante conjunto de Profesores de la UCA, que nació como una transformación suya, con la incorporación de su espíritu como su mejor herencia. Por eso, podemos decir que los Cursos de Cultura Católica viven con todo su vigor en la más amplia y renovada Institución del Saber superior de la Iglesia. Por eso podemos afirmar también que la UCA, a través de la incorporación de los Cursos de Cultura Católica en ella, ha revivido la impronta intelectual y cristiana, el alma del maestro Casares.

C. — La Justicia

Casares había nacido para ser Juez; lo fue por vocación. Desde joven se inició en la Justicia y recorrió todos los grados del Tribunal, hasta ocupar la Presidencia de la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

Ejerció la magistratura inspirado siempre en la Justicia. Expresión de esa vida consagrada a brindar el derecho con justicia, es su hermoso libro: "La Justicia y el Derecho". Inspirado en el pensamiento cristiano, principalmente de Santo Tomás, en él desarrolla Casares el tema en sus múltiples aspectos con claridad y hondura, y a la vez con el amor y la fuerza, que brotaban de su vocación consagrada a brindar la justicia y el derecho. Este libro, aun sin pretenderlo, es la confesión de su propia vida y de los ideales de derecho y justicia, a los que sirvió con fidelidad y sin claudicaciones.

Sus sentencias fueron siempre ajustadas al Derecho Positivo, pero también al Derecho Natural en que aquél se sustenta. Desde ellas iluminaba el pro-

blema planteado y daba solución al mismo con un rico acervo doctrinal. Esa Doctrina, apoyada en los Códigos, sobrepasaba su letra, a la par que la enriquecía, porque se nutría de las fuentes últimas del Derecho Natural y de la Doctrina Cristiana, que sustentan la misma ley positiva.

La Justicia objetivamente impartida por el Juez se sustentaba también y se nutría en el dechado de vida justa y ecuaníme de quien la impartía.

También aquí, doctrina y conducta juntas se nutrían de una unidad de vida cristiana.

II

EL INTELLECTUALISMO CRISTIANO DE CASARES

3. — El camino de la inteligencia y de la verdad para alcanzar el bien del hombre y del cristiano

La actividad de la inteligencia poseía para Casares una hegemonía indiscutible para toda la vida humana.

Esta tesis se fundaba en que el acceso y la posesión del Fin supremo divino del hombre, como enseña Santo Tomás, se logra por la inteligencia.

De aquí que todo ordenamiento de la vida humana haya de comenzar por el ordenamiento de la vida intelectual, y éste a su vez por su sumisión fiel a la evidencia de la verdad o ser trascendente y, en definitiva, por su sumisión fiel a la Verdad infinita de Dios, sin la cual pierde todo sentido cualquier verdad finita y se desnaturaliza la vida misma intelectual.

De ahí también los esfuerzos de Casares por encauzar la inteligencia hacia su meta de la verdad: de la verdad inmediata de los primeros conocimientos vulgares y científicos, y sobre todo de la Verdad infinita, fuente imparticipada de toda verdad finita, y sin la cual ésta pierde su razón de ser y su sentido, se quiebra en el absurdo y en lo impensable.

Más allá todavía de esa Verdad divina, alcanzada con el esfuerzo de la inteligencia, está la Verdad de Dios, tal cual El se conoce a sí mismo, la Verdad que El nos comunica a los hombres por la Revelación, y que recibimos por la fe, que El mismo nos otorga como una gracia.

Pero en Casares no se trataba de una búsqueda puramente personal de la verdad, mediante la orientación recta de su inteligencia enriquecida por la fe, sino de un verdadero apostolado intelectual para conducir a los hombres, por el buen uso de la inteligencia, hacia la posesión de la verdad. Porque sabía él que únicamente desde esta verdad poseída —de la Verdad de Dios, sobre todo,

que fundamenta y da sentido a toda verdad participada, y más todavía de la Verdad cristiana de la fe— era posible iluminar y reconquistar a todo el hombre para una auténtica vida humana y cristiana.

La verdad con sus exigencias irradia sobre todo el hombre y lo ilumina en su ser y deber-ser, es decir, en el camino en busca de su perfección natural y sobrenatural, a la vez que lo estimula a recorrerlo sin desvíos ni claudicaciones.

4. — La vida iluminada y transformada por la verdad de la inteligencia y de la Revelación

La búsqueda de la verdad natural y revelada, no fue en Casares una fría investigación intelectual; constituyó más bien una entrega amorosa a esa verdad, que él sabía eran los destellos de la Verdad divina, y en última instancia, eran la misma Verdad, el Dios personal de su vida, el Dios de la Trinidad y del Verbo encarnado.

Toda la fuerza de su espíritu se concentraba en este sometimiento a la verdad, como una realización de una vocación total.

Porque Casares encarnaba una vocación decididamente intelectual, y todas las energías de su espíritu convergían hacia la realización de este valor supremo de su existencia: La verdad como Fin supremo divino, cuya posesión confiere a la persona su perfección humana y cristiana, con la felicidad, cuya contemplación aún en la penumbra de la vida presente, constituye una aproximación perfecta y una preparación para alcanzar la meta definitiva de la eternidad.

Así como algunos realizan su vocación en obras de caridad o en la predicación del Evangelio o en la administración de los Sacramentos y de otros ministerios y obras buenas, Dios le confirió a Casares una clara y decidida vocación intelectual, que lo condujo por un camino arduo de búsqueda incesante de la verdad, fin y plenitud de su vida y perfección cristiana. La vida espiritual y el apostolado cristiano de Casares fue el de la inteligencia: el someterla con fidelidad a la verdad en todas sus manifestaciones de su ser y deber-ser, y en vivirla en todas sus exigencias; y en conducir a los demás por ese camino, que lleva siempre a Dios, Verdad infinita, y desde Ella a realizarla en una vida ajustada a la misma.

Tan consubstancializado estaba con esta vocación, tan concentradas todas las energías de su espíritu en su realización, que podemos afirmar que Casares vivía para la verdad y de la verdad, que la luz de la Verdad irradiaba y se convertía en él en amor y vida. Pocos como él habían realizado tan plenamente el ideal cristiano proclamado por San Pablo: “Haciendo la verdad en la caridad” (Efesios, IV, 15).

La verdad hecha vida y vida de amor y de gracia, irradió con su luz y encendió con su fuego el ámbito de su actividad personal, de sus relaciones

familiares, de sus amistades tan intensas, y toda su actuación en la Justicia y en los demás sectores de su vida

De ahí que en la búsqueda de la solución de cualquier problema, comenzase siempre por plantear la verdad y sus principios.

De ahí también la supremacía que, en pos de Santo Tomás, otorgara siempre al orden teórico o contemplativo de la verdad, sobre el práctico o de la acción, el cual debía ser iluminado y dirigido por aquél.

De ahí también su idea clara de la Universidad, como órgano eminentemente teórico o investigador y transmisor desinteresado de la verdad, porque ella enriquece al hombre y le confiere su plenitud espiritual; y porque únicamente desde ella se puede buscar y encontrar las soluciones de los problemas prácticos y concretos.

5. — En la cima del espíritu: la experiencia de la Verdad

Toda esta extraordinaria y rica vida espiritual y cristiana de Casares, organizada desde la cumbre de la verdad natural y sobrenatural y toda la fidelidad y sometimiento a ella de su inteligencia y de su fe, alimentada por una profunda y a la vez sencilla piedad, debió culminar en la experiencia de Dios, Verdad suprema, por vía de amor.

Sin duda que en la cima de ese amor, acendrado y convergente de todas las energías de su espíritu en el Señor, debió alcanzar la intuición oscura pero viva de su presencia, la experiencia amorosa de Dios. En la cumbre de su vida, hubo de alcanzar la Verdad en la "llama de amor vivo", en la obscuridad, "tras la tela" del cuerpo que lo oculta.

Sin duda de esa experiencia brotaba la tranquilidad y la paz, con que esperó su muerte. Aquellas palabras, pronunciadas poco antes de morir: "Soy feliz, soy feliz, soy feliz, estoy en paz" ¿no eran la expresión del gozo intenso, que en esos momentos le brindaba la presencia amorosa de Dios, radiante y a la vez oculto en su alma?

En el término de una vocación intelectual cristiana, plenamente cumplida, alcanzaba ya —en las penumbras de la vida del tiempo— los resplandores fulgurantes de la Verdad divina, que amorosamente se acercaba y entraba en su alma desde la eternidad para tomarla plenamente en los goces de la visión.

Rota la "tela" del cuerpo, la presencia inmediata y radiante de la Verdad personal de Dios, traspasó su alma y la iluminó para siempre con los goces de la visión de la Verdad infinita plenamente poseída: "non in speculo", sino "sicuti est".

La vocación intelectual cristiana de Casares, llegaba así a su término, a su realización plena en la posesión inmediata de la Verdad. Ahora goza de la

Verdad, que siempre buscó y siempre amó, y a cuya consecución se ordenaron todos los esfuerzos de su noble vida con ejemplar fidelidad.

• • •

Todo lo dicho constituye, más que un motivo suficiente, una obligación para que SAPIENTIA quiera en este número rendir especial homenaje a la memoria de Tomás D. Casares. Como hombre, como pensador y cristiano es maestro y ejemplo vivo para muchos de quienes hoy son testimonio de la fe en Cristo en los ámbitos del pensamiento y en especial de la vida universitaria argentina.

MONS. DR. OCTAVIO N. DERISI